

## Las carniceras

Los extractos de canciones son de los temas *Libérez la bête*, de Casey,  
*Que feras-tu de ta vie?*, de Stacey Kent, y *Dis-moi que tu m'aimes*,  
de Zaho de Sagazan.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación  
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada  
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,  
[www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento  
de esta obra.

Título original: *Les bouchères*

En cubierta: © Quintin Leeds

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© L'Iconoclaste, 2025

Gestión de los derechos internacionales: Susanna Lea Associates

© De la traducción, Susana Prieto Mori

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 979-13-87688-33-2

Depósito legal: M-21.663-2025

Impreso en Gráficas Dehon

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Sophie Demange

## LAS CARNICERAS

Traducción del francés  
de Susana Prieto Mori

 Siruela

Nuevos Tiempos

*A Simon, por todo el amor*  
*A Susanna Lea, por haber recogido la botella en el mar*  
*y acompañado el desarrollo de esta historia*  
*A la editorial L'Iconoclaste, por las profundizaciones,*  
*los inicios, las caídas y la escritura con hueso*  
*A todas las carniceras*



Era una tarde de principios de verano. La hora en que los clientes vuelven a casa a preparar la costilla de ternera o a asar las brochetas y las salchichas en la barbacoa. Se disfruta más de la vida en verano.

Aquella tarde Anne se había demorado más que de costumbre en la carnicería de la familia. Quería dejar las costillas de cerdo listas para el día siguiente. Dos hermosos pedazos largos y planos que había cortado del tórax del animal, cuidando de que los huesos no sobresalieran de la carne. Tenía la feliz sensación del trabajo bien hecho.

La plenitud de quienes aman su oficio.

Había sentido una presencia a sus espaldas. Una presencia familiar. No tuvo tiempo de volverse para ver a su agresor, su mole se le echó encima, la aplastó contra el tajo. Algo duro, como un sexo de hombre. Un aliento cargado de alcohol. Conocía aquel miedo profundo y tenebroso.

El gesto brotó, instintivo, la hoja del cuchillo carnicero que se hunde en la carne. La sangre que mana. Gritos, luego el silencio, solo el silencio.

El cuchillo resonaba en la cámara frigorífica. Stacey se ajustó el delantal, como para entrar en calor. La fatiga le serraba la espalda, el frío devoraba sus manos. Por detrás del ruido de las cadenas que retenían una carcasa de ternera, oyó sonar su teléfono, lejos, en el vestuario. Por lo general nunca respondía a las llamadas en su horario de trabajo, pero el timbre no paraba y tenía tantas ganas de una pausa, de un pitillo, que consideró que bien se merecía aquel momento de descanso. Sobre todo porque a aquella hora de la tarde, y con aquel aguacero, no había nadie en Carrefour. Stacey sacó el paquete de tabaco y el teléfono de su riñonera rosa. Echó un vistazo a la pantalla... Anne, era Anne, tres llamadas, después de más de tres años sin noticias, tal vez cuatro sin verse. La llamó.

—Hola, Anne, soy Stacey...

—Sí, lo sé, acabo de llamarte.

La voz de Anne, grave y firme, intacta. Stacey se quedó en silencio. Después de todo, fue ella quien dejó de dar señales de vida. ¿Qué quería ahora?

—Mi padre murió el verano pasado. Voy a llevar su carnicería. Me gustaría que trabajásemos juntas.

Su forma siempre neutra de anunciar tanto las cosas más tristes como las más felices.

—Trabajar contigo, ¡ni lo sueñes!

La voz alegre e irónica de Stacey. Su lado directo. El corazón a dos mil por ciento. Las imágenes que ya se aceleraban en su cabeza y las preguntas en un torbellino. «Genial, ¿para cuándo?». Tiene un contrato en Carrefour, pero de todas formas no le gusta ese trabajo, se aburre, ¿mañana mismo dimite! ¿O quizás sea mejor esperar a pasado mañana? ¿Dónde era? Ya no recuerda bien dónde estaba la carnicería ni cómo era. ¿Habrá más gente trabajando con ellas? ¿Empezarán las dos solas? Cómo, tendrá exclusividad, ¡claro que quiere la exclusividad! ¿Y cómo es el proyecto exactamente, qué estilo de carnicería?

Anne sonríe al teléfono, conmovida como siempre por el ímpetu de Stacey. Se lo explicaría todo en persona. Había cosas que tendrían que organizar juntas. Tendrían que tomarse tiempo para reflexionar. Sí, volver a verse, desde luego. En un bar y cuando ella quisiera, lo antes posible. Qué ganas. Abrir una carnicería juntas, algún día. Se lo habían prometido. «¿Te acuerdas?».



El padre de Anne había desaparecido el año anterior, a la edad de sesenta y cinco años. Todo el mundo pensaba que el hijo continuaría con el floreciente negocio, pero dejó que su hermana se hiciera cargo. Después de todo, él ya había rehecho su vida en otro sitio, en Marsella, donde abrió un restaurante de pescado. Aquello había dado que hablar. En cuanto a la hija del carnicero, se sabía que había adoptado la profesión del padre, pero bueno, era muy joven y sobre todo no era un hombre. Llevar la carnicería no; no tenía madera, ni autoridad para ser jefa, ni los pies en el suelo. Demasiado soñadora. Anne sonrió. La gente se equivocaba. Si creían que no tenía agallas ni mano dura... Ya verían. Y no estaba sola, tendría a Stacey en el equipo. Qué emoción escucharla antes. Tenía ganas de volver a ver su cara, de sentir su presencia, de verse arrollada por su increíble pulsión vital.

Anne salía del notario, donde había resuelto unos trámites administrativos. Pasó por el cruce. En el semáforo, dentro de su coche, un hombre aprovechó para mirarla de arriba abajo. Ella fingió indiferencia. Vaya que sí, era una «buena pieza» la pequeña Anne, como ya se lo había oído decir a un montón de idiotas. Pero ahora que era jefa carnicera los mantendría a raya. Tras pasar por la plaza del Boulingrin, subió por la calle Jouvenet. En la esquina, casi

frente a la iglesia, la carnicería del padre, en pleno centro de la ciudad de Ruan. Sacó las llaves del bolso, abrió la cerradura sin temblar. La emoción la dejó paralizada por un momento. Salvo por los frigoríficos, que se habían vaciado para que no se pudriera nada, en la tienda todo estaba como siempre. Un intenso olor a cerrado. Anne iba a tener que revivir el comercio. Pero no estaba preocupada. Tenía un plan.

Primero se inscribiría en el linaje del padre, tranquilizaría a los clientes, hasta que tomasen confianza. Entre la clientela lo más fácil sería convencer a los ancianos. La habían visto crecer, a la «pequeña Anne», la habían visto jugar en la calle, colorear en el bar de al lado, le habían acariciado el pelo felicitándola por portarse tan bien. Y habían oído cómo su padre la regañaba cuando iba a sisar trozos de jamón. Al empezar a trabajar en la tienda, los conmovía su torpeza al dar el cambio. Algunos se habían sonrojado al verla tan cambiada, en la adolescencia, antes de felicitar educadamente al padre, «se está poniendo guapísima, la pequeña Anne», mientras otros miraban por el escote sus pechos poderosos. «Sí, una buena pieza la pequeña Anne».

Luego estaba la clientela más pudiente, los burgueses, que habían ido comprando paulatinamente las casas de los ancianos. Esos cocinaban menos, pedían menos consejos al padre sobre cocciones y recetas, se conformaban con llevarse buenas piezas para impresionar a la gente. Cuando estaban en pareja, solían tener tres o cuatro hijos, iban a misa el domingo y la tradición seguía mandando en su plato: nada de carne los viernes, cordero en Pascua, morcilla

y aves en Navidad. A menudo los hombres trabajaban en París, a veces solo volvían a Ruan el fin de semana. Sus mujeres iban a la carnicería con cochecitos enormes. Algunas parecían irritadas, agotadas incluso. En cuestiones de comida querían hacerlo bien, que sus hijos comieran mucha carne blanca y un poco de carne roja, impresionar a sus maridos cuando volvieran a casa, para rivalizar con la suegra, para tratar de que se quedaran más tiempo con ellas. A esas clientas Anne iba a tener que ganárselas, lo sabía de antemano. Decir algo amable de sus hijos, ofrecerles un poco de salchichón para que se entretuvieran. Dar consejos pragmáticos, recetas sencillas y eficaces. Llevar un delantal oscuro para que no se vieran las manchas de sangre. Mantener la carnicería en un estado impecable. Luego, cuando ya se sintieran seguras, quizás cuando las hubiera conquistado, podría permitirse dejar de hacer melindres y afirmar su ambición. Ya no sería la carnicería Lueruchet, sino Las Carniceras, no sería simplemente funcional sino original, y solo habría mujeres, como mucho un chaval empleado en la caja. Los periódicos locales hablarían de ella, había muy pocas carniceras en Francia, una mujer por cada diez hombres como mucho, vendrían clientes de toda la ciudad para verlo. Su curiosidad se vería ampliamente recompensada. La carne sería de primera calidad, bien cortada, preparada con exquisito cuidado.

En la formación profesional había solo dos chicas. Y de hecho, por aquel entonces, Anne todavía pensaba que para ser carnicero había que ser chico. Aunque se supiera mujer y se aceptase físicamente como tal, se sentía profundamente hombre en su interior. Así que, por fuerza,

cuando Anne vio a Stacey por primera vez en el aula del centro de formación de aprendices, con las uñas postizas de colores, la boca y los ojos maquillados, el pelo largo y con mechas, su primer reflejo fue decirse que aquella chica no iba a aguantar mucho en carnicería. Tendría demasiados problemas. Y así había sido. Se habían juntado tres chicos y uno de ellos le clavó una chaira en las nalgas mientras ella trataba con esfuerzo de deshuesar un cerdo. Stacey se había dado la vuelta con una mirada capaz de petrificar a un rebaño de toros entero. «¿Quién ha sido?». Repitió la pregunta varias veces, con el puño en alto como para golpear. «¿Quién ha sido?». Los tres se miraron entre risitas. Pero ella no abandonó. «Ya me estáis diciendo quién ha sido, panda de cerdos». Los chicos siguieron riendo, un poquito menos fuerte, un poquito menos orgullosos. Stacey había repetido, amenazadora: «Espero que me entreguéis al culpable», y se había cerrado en banda. Después de haber pasado los primeros días riendo y haciendo remilgos, cosa que había irritado profundamente a Anne por otra parte, Stacey ya no decía palabra ni saludaba a nadie, y no hacía nada más que trabajar como una loca. Un profesor le había preguntado: «¿Seguro que estás bien?». Ella resopló un «muy bien, señor», con el rostro hermético, de modo que el profesor no se atrevió a volver a preguntarle. Aquella chica, pensó entonces toda la promoción, no era una chivata, sabía callarse. Una semana después, dos quizás, unos chicos fueron a verla. «Sabemos quién es». Ella los había mirado vagamente, apenas interesada. «Si sabéis quién es y si sois hombres de verdad, vais a tener que solucionarlo. ¿Tenéis huevos o el pantalón vacío?». No era broma, era

un desafío a su virilidad. Era Greg quien lo había hecho, el hijo de un jefe carnicero que creía poder permitírselo todo, como la mayoría de los chicos provistos de semejante pedigrí. Nunca había querido pedir disculpas, pero el resto de aprendices lo habían presionado tanto que terminó marchándose a París a hacer una formación de muchísimo prestigio. Stacey había ganado la partida. Y la estima de Anne.

—Se te da bien el despiece —le dijo para acercarse a ella por primera vez.

—¿Ah, sí, tú crees? Pues no sabía si iba a poder levantarme esta mañana de lo que me duelen los brazos —había respondido Stacey.

Su estatus de únicas chicas del centro de formación de aprendices era lo único que las dos jóvenes tenían en común. En cuanto a lo demás, Anne pertenecía claramente, por lo menos a ojos de Stacey, a una categoría aparte: legítima, razonable, segura de sí misma.

—¿Vienes a trabajar cuando unos tipos quieren humillarte, pero no te puedes levantar cuando te duelen los brazos?

Stacey se había sonrojado de vergüenza. Anne le dio una fuerte palmada en la espalda y se echó a reír.

—Tranquila, estoy de broma, ¡a mí también me duelen los brazos!

Anne sonrió recordando aquella escena y sobre todo la cara que había puesto Stacey, entre furiosa y avergonzada. Por aquel entonces, Anne no tenía más que ventajas, era una buena alumna, dominaba casi todas las técnicas de carnicería que había aprendido con su padre y tenía una constitución como Dios manda. Stacey, por su parte, acu-

mulaba los inconvenientes. Físicamente, era fina y menuda; escolarmente, era como si no hubiese pasado por el instituto; y a nivel práctico no sabía nada, cualquiera habría dicho que nunca había pisado una carnicería.

Pero Anne había decidido convertir a aquella chica en carnicera. Le gustaba verla aprender, progresar y apreciar el oficio. Stacey aprendió enseguida a manejar los cuchillos con destreza, tenía un increíble sentido del detalle, sobresalía en los cortes finos, era creativa, sabía sacar partido del producto. Las dos jóvenes empezaron a trabajar juntas, a formar un equipo. Un equipo de futuras carniceras en un mundo de carniceros. Un dúo profesional que se había convertido en amistad. Anne recordaba la primera noche que salió con Stacey. Después de un bar, luego dos, de beber cócteles y cervezas, Stacey la había llevado a una discoteca muy frecuentada. Anne odiaba aquella clase de sitios pero, como empezaba a estar borracha, la siguió. Habían bailado las dos sin preocuparse de nada, pero solo unos minutos, porque Anne tuvo unas ganas terribles de vomitar. Apenas les dio tiempo a salir, justo encima de los pies del portero. Horror. Pero se rieron muchísimo. Fue su primera borrachera de verdad.

Después la vida las separó. Cuando hubieron sacado el título, Anne siguió con un bachillerato técnico para adquirir nociones de gestión. Debía trabajar con su padre. Pero siempre había sabido, sin poder explicárselo, que llegaría el momento del reencuentro. Anne preparaba la carnicería que iba a reunir las. Como perfecta autómatas de los proto-

colos de higiene, armada con una botella de vinagre blanco y una esponja, fregaba. Recordaba a su padre detrás de ella, diciéndole que frotase bien, la obsesión por la limpieza que le había incrustado orden tras orden, reprimenda tras reprimenda. Una manía que incluso había llegado a invadir su cuerpo, una necesidad de lavarse las manos constantemente, hasta irritar la piel, de limpiarse bien bajo las uñas, y daba igual si sangraba. La obsesión por la pureza había derivado en un simple gusto por lo claro, lo liso, lo limpio. Contempló la carnicería, su carnicería. El tajo y los expositores estaban perfectos, el olor del vinagre lo había borrado todo. Empezaba una nueva etapa de su vida.

Se había hecho tarde, era hora de cerrar. Se puso la chaqueta de cuero, cogió la moto, aparcada justo frente a la carnicería antes de ir al notario, una 750, e hizo vibrar el motor. A la luz indecisa del crepúsculo, aceleró con una sonrisa.